

TRADUCCIÓN

KABULIWALA

Traducción del hindi
NOELI MOREJÓN,
GUIOMAR ACEVEDO Y JESÚS CHAIX
El Colegio de México

Bajo la supervisión de
YOGENDRA SHARMA
Universidad Nacional Autónoma de México

El autor

Rabindranth Tagore nació en Calcuta el 7 de mayo de 1861, en el seno de una familia Brahmin económicamente pudiente. Fue el menor de los 14 hijos del líder religioso Debendranath Tagore y Sarada Devi. Tagore creció rodeado de un ambiente intelectual donde tempranamente desarrolló sus habilidades artísticas, sin embargo, no fue sino hasta 1878, tras regresar a Bengala y después de haber fracasado en sus estudios en Inglaterra, que el talento de Rabindranath comenzó a alcanzar su potencial. Una vez en la India, Tagore concentró sus energías en el arte y comenzó a destacarse en diversos campos como escritor de cuentos, novelista, compositor musical, poeta, filósofo e incluso como educador.

Aunque la fama de Tagore durante sus primeros 51 años de vida se limitaba únicamente al estado de Bengala, las cosas cambiaron en septiembre de 1912, cuando la primera traducción al inglés de su colección de poemas *Gitanjali* comenzó a circular en Europa. La obra de Tagore conmocionó y cautivó al viejo continente casi de inmediato. La espiritualidad y la belleza de la literatura del artista innovaron la forma en la que se escribía

en ese entonces. Además, sus poemas fungieron como una carta de presentación para el mundo del misticismo y el sentimentalismo proveniente de la cultura india. En 1913, y a menos de un año de haber publicado la traducción de *Gitanjali* al inglés, Rabindranath Tagore se convirtió en el primer escritor no europeo en ser galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Dicho honor convirtió a Tagore en una figura pública de fama internacional, y lo hizo fungir como vocero de la convivencia y la armonía intercultural en una serie de conferencias que le permitieron visitar lugares como Estados Unidos, Japón, el sureste de Asia y Sudamérica.

El renombre de Tagore también incrementó en su tierra natal, donde conoció a grandes personalidades del movimiento independentista de la India como Mahatma Gandhi. Si bien Tagore tenía conexiones y lazos profundos con los líderes nacionalistas indios, la política nunca fue una prioridad en su vida y obra. Él se oponía firmemente al nacionalismo y la militarización extrema y prefería promover valores fundados en el multiculturalismo, la diversidad y la tolerancia. Su convicción en contra de la violencia era tal, que incluso renunció a su nombramiento como caballero de la corte inglesa tras la masacre de Amritsar en 1919, donde 400 indios murieron a manos del ejército británico.

La fertilidad del trabajo artístico de Tagore continuó dando frutos hasta sus últimos días. En suma, escribió más de mil poemas, ocho volúmenes de cuentos, poco menos de 24 obras teatrales, ocho novelas y numerosos ensayos de filosofía, religión y educación. También destacó en el ámbito de la pintura y en el musical, reuniendo más de dos mil canciones. Dos de sus composiciones más reconocidas fueron tomadas como los himnos nacionales de la India y de Bangladesh. Tagore murió el 7 de agosto de 1941, y aún es considerado como el principal expositor literario en la historia de Bengala y tal vez de la India.

El contexto histórico del cuento. Calcuta en el siglo xxi

En ocasiones tendemos a olvidar que bajo el régimen colonial británico, India abarcaba la totalidad del subcontinente indio,

más Bangladesh, Myanmar, Pakistán y Afganistán. En un territorio de semejante extensión, los flujos de movimiento humano resultan aún más significativos: hombres y mujeres recorrían las más absurdas distancias, comprometiéndose a vidas itinerantes con el único propósito de asegurar una mejor y sedentaria vida para sus familias.

La capital de la India Británica, “joya del Imperio británico”, era desde 1772 Calcuta; por esta razón, durante el régimen colonial gradualmente se convirtió en la metrópolis más importante de India y, después de Londres, la más importante del Imperio Británico:

No se puede entender a Calcuta sin verla desde dos ángulos... no hay ningún gran evento o influencia en India que no haya encontrado un eco en el efervescente calderón de Calcuta. Es en Calcuta donde por siglos *sahibs* y *bhadralok*, *babus* y moradores del pavimento, reformistas socioreligiosos y terroristas, autores y activistas se han mezclado. Un brillante símbolo de poder y riqueza, Calcuta era la segunda ciudad, después de Londres, del mayor imperio en el mundo.¹

La “fantasía de la ciudad” atrajo a Calcuta una constante avalancha de inmigrantes: era en Calcuta, ciudad cosmopolita del Imperio, donde llegaban, desde todos los rincones de la India, año tras años, centenares de hombres y mujeres en busca de mejores oportunidades laborales, sociales y culturales. Con diversos productos sobre sus hombros, los habitantes de las zonas más pobres de la India llegaban a Calcuta para vender sus mercancías en los mercados, de puerta en puerta, en las calles. Entre éstos, se encontraban los *kabuliwalas*, afganos que llegaban a Calcuta, todos los años, transportándose miles de kilómetros de las maneras más inverosímiles y económicas, ora en caravanas, ora solitariamente a pie, para vender frutas secas y nueces.

¹ Jean Racine, (Calcutta, 1981), *The City, its Crisis and the Debate on Urban Planning and Development*, Nueva Delhi, Concept Publishing Company, 1990, p. 51. Cita traducida del inglés por Guiomar Acevedo López: “One cannot understand Calcutta without looking at it from two angles... there is no major event or influence of India that has not found an echo in Calcutta’s bubbling cauldron. It is Calcutta where for centuries *sahibs* and *bhadralok*, *babus* and pavement dwellers, socio-religious reformers and terrorists, authors or activists have mingled. A brilliant symbol of power and wealth, Calcutta was the second city, after London, of the greatest empire in the world”.

Con el pasar del tiempo, los *kabuliwalas*, se convirtieron en parte entrañable del paisaje cultural y social de Calcuta; y los bengalíes establecieron, como muestra Rabindranath Tagore, estrechos vínculos afectivos con estos monumentales y curiosos hombres que, a cambio de unas pocas rupias, dieron al *bhadralok* de Calcuta el contrapunto ideal para imaginarse a sí mismo.

Kabuliwala

Dentro de la amplia gama de escritos de Tagore, hemos elegido para su traducción *Kabuliwala*, una de las casi noventa historias cortas escritas por este autor. Digamos que, lo que comenzó siendo un simple ejercicio de traducción para la clase de hindi, se tornó en un ejercicio de identificación con el tema. La traducción y las palabras de introducción que le estamos dedicando surgieron producto de lo que despertó en nosotros este cuento de Tagore. Este emblemático autor de la literatura india tiene la magia de atrapar al lector con sus tramas. Y es que Tagore logra tocar en lo más profundo de la sensibilidad. Son las relaciones humanas y el despliegue de emociones contenido en los personajes, sus formas de actuar y de sentir, lo que realmente cautiva en su escritura. En este sentido, *Kabuliwala* es una obra representativa.

La historia refleja la relación de amistad entre un hombre de Kabul y Mini, una inquieta niña de cinco años. Personajes profundamente contrastantes pero que establecen entre sí una interconexión de profundo afecto. Mini es una niña curiosa que atormenta a su padre con tantas preguntas y a la que le encanta platicar. El *kabuliwala*, por el contrario, se nos presenta como ese ser brusco, rudo, que inspira temor. Por tal razón, no es de extrañar en la imaginación infantil que se convirtiera en el retrato vivo de la crueldad y la amenaza. A Mini en un principio la intimida; se da por hecho la idea de que el *kabuliwala* rapta a los niños y los lleva con él dentro de su saco. Su primer encuentro con el hombre de Kabul así está matizado; por una sensación de pavor y timidez. Sensaciones que desaparecen muy pronto cuando el *kabuli* logra conquistar el corazón de

Mini, contentándola con frutas secas y con chistes. Resulta conmovedor el clima de simpatía que se establece entre ellos. Es en la recreación del personaje del *kabuliwala* donde se vislumbran los más profundos contrastes y asimismo, él es el personaje más elaborado desde el plano psicológico. Su imagen física, en primera instancia, no es muy gentil y sus actitudes pueden llevarlo a asumir los niveles más altos de violencia. En su personalidad se establece una simbiosis indisoluble entre nobleza y crueldad. Este contraste se acrecienta cuando al salir de la cárcel, luego de ocho años, por el crimen de apuñalar a un hombre que le debía dinero, descubrimos el motivo real de su cariño por Mini. Veía en la niña a su propia hija, de la misma edad, lo cual era una forma de tenerla cerca estando tan lejos de casa.

Toda la historia se nos narra en primera persona, desde la perspectiva del padre de Mini, lo cual convierte al lector en cómplice y partícipe de la narración. El lenguaje es sumamente sencillo, como es habitual en la prosa de Tagore, sin grandes complicaciones en la elaboración de las frases, así como de las palabras utilizadas. No obstante, se pueden establecer diferencias en los modos de expresión de los personajes. El padre de Mini, representante de la clase media letrada, se conduce en un registro más culto; mientras que el *kabuliwala*, proveniente de un estrato social inferior, se manifiesta por medio de un lenguaje más ordinario. Por otra parte, la narración está impregnada de un espíritu romántico. Como es habitual en muchos de sus cuentos, Tagore lleva al lector a situaciones límites. Nunca tenemos la capacidad de intuir que va a pasar al final de la historia y ésta siempre termina por sorprendernos. Y en el final, nos toca allí profundo, donde nos conmueve. Y *Kabuliwala*, no es la excepción.

Al final del cuento, Tagore nos hace asistir al triste derrumbamiento de las ilusiones de un hombre. Luego de ocho años de reclutamiento, el tiempo se ha quedado congelado en la memoria del *kabuliwala*. Cree que todo ha permanecido inerte, tal como lo dejó. Qué desaliento el suyo al descubrir que el mundo ha continuado su rumbo irrefrenable y que las personas y las relaciones distan mucho de ser lo que había conservado en sus recuerdos. Cuánta inquietud, además, al imaginar el destino de

su hija durante todos esos años que ha estado ausente. Es este despliegue de realismo en las emociones y ese ahondamiento en la naturaleza humana, lo que hace especiales las historias de Tagore.

KABULIWALA

RABINDRANATH TAGORE

1

Mi hija de cinco años, Mini, no puede estar callada ni un momento. Un día temprano en la mañana me dijo: “Papi, el portero Ramdayal le dice cuaco al caballo. Él no sabe nada ¿verdad?” Antes de poder siquiera responderle ya había empezado a hablar de algo más: “Mire papi, Bhola dice que los elefantes echan agua con su trompa al cielo y es por eso que llueve. Él miente, ¿verdad papi?” Y de nuevo se puso a jugar.

Mi casa está a la orilla del camino. Un día Mini estaba jugando en mi cuarto y de pronto, corrió a la ventana y empezó a gritar fuertemente: “¡*Kabuliwala*, oh *Kabuliwala*!”

Con un costal de frutas secas colgado de su hombro y una canasta de pasas en su mano, un hombre alto proveniente de Kabul caminaba lentamente por el sendero. En el momento en que el *Kabuliwala* se dirigía hacia nuestra casa, Mini corrió adentro aterrada. Tenía medio de que se la llevaran. Estaba convencida de que si llegara a esculcar la bolsa del *Kabuliwala*, seguramente encontraría en ésta a dos o tres pequeños niños como ella.

El *Kabuliwala* me saludó con una sonrisa. Le compre algunas cosas. Luego me preguntó: “Señor, ¿A dónde se fue su niña?”

Para expulsar el miedo del corazón de Mini, la llamé. El *Kabuliwala* sacó algunas pasas y almendras de su costal para ofrecérselos a Mini, pero Mini no aceptó nada. Se abrazó a mis rodillas con miedo. Así fue como ella conoció al *Kabuliwala*. Unos días después, cuando yo salía de casa a hacer un trabajo importante, vi que Mini que estaba platicando a gusto con el *Kabuli* afuera y él la escuchaba con una sonrisa. La bolsita de Mini estaba repleta de pasas y almendras. Le di cincuenta centavos al *Kabuliwala* y le dije: “¿Por qué le diste todas estas cosas? No le des más”. Entonces me fui.

Los dos siguieron platicando y cuando el *Kabuliwala* se marchaba, puso en la bolsita de Mini el dinero que yo le había dado. Al regresar a casa, vi que la madre de Mini la regañaba por haber tomado el dinero del *Kabuliwala*.

El *Kabuliwala* siguió con sus visitas cotidianas y se ganó el pequeño corazón de Mini proporcionándole frutas secas constantemente. Ambos hablaban y se reían mucho. Al ver al *Kabuliwala*, Rahamat, mi niña se reía y le preguntaba: “*Kabuliwala*, oh *Kabuliwala*, ¿qué traes en tu costal?”

Rahamat se reía y contestaba: “¡Un elefante!”. Entonces le preguntaba a Mini: “¿Cuándo te iras a casa de tus suegros?”

A cambio ella le preguntaba a Rahamat: “¿Cuándo te irás tú a casa de tus suegros?”

Mostrando su grueso puño, Rahamat, decía: “Voy a pegarle a mi suegro”. Esto hacía reír a Mini.

A finales de cada verano nuestro *Kabuli* regresaba a su país. Antes de partir, les cobraba a todos lo que les había vendido. A pesar de tener que visitar casa por casa, diario iba a ver a Mini.

Una mañana, mientras trabajaba en mi recámara, escuché un gran alarido proveniente de la calle. Al asomarme pude observar cómo dos policías se llevaban a Rahamat atado. Su *kurta* mostraba rastros de sangre, al igual que el cuchillo en las manos del policía.

Algo me dijeron los policías y de algo me enteré de Rahamat: que nuestro vecino le adeudaba el pago de una sábana a *Kabuli*. Al rehusarse a pagar el dinero, la discusión se salió de proporción y el *Kabuliwala* lo apuñaló.

En ese instante, Mini salió de la casa corriendo y gritando: “*Kabuliwala*, *Kabuliwala*”. Al escuchar su voz la cara de Rahamat se iluminó por un instante. Mini, como de costumbre, preguntó: “¿Vas a casa de tus suegros?” Rahamat dijo sonriendo: “Sí, ahí mismo voy”.

Rahamat sintió que su respuesta no había dejado complacida a Mini. Entonces le dijo sonriendo: “Le pegaría a mi suegro si no me tuvieran amarrado”.

Por el crimen, Rahamat fue condenado a varios años en prisión. El recuerdo del *Kabuli* se fue desvaneciendo poco a poco de mi mente y Mini también lo olvidó.

Pasaron años.

2

Era el día que se casaba mi Mini. La casa estaba repleta de invitados que iban y venían. Estaba en mi cuarto sentado calculando los gastos de la fiesta en el momento que Rahamat entró, me saludó y se quedó parado en frente de mí.

En un principio no logré reconocerlo. Ya no traía aquel costal colgado ni la felicidad que en otros tiempos se vislumbraba en su rostro. Luego de mirarlo con atención, reconocí que se trataba de Rahamat.

Le pregunté: “¿Cuándo regresaste?”

“Ayer en la tarde salí de la cárcel”, contestó él.

Le dije: “Hoy en nuestra casa estamos muy ocupados, me es imposible atenderte. Mejor vete y ven otro día”.

Se retiró con tristeza pero al llegar cerca de la puerta se volvió y preguntó: “¿Puedo ver a la niña?”

Quizá creía que Mini seguía siendo una niña. Que saldría corriendo como antes, gritando “*Kabuliwala, Kabuliwala*”, y que no habría obstáculos para sus pláticas y carcajadas de otros tiempos. Nuevamente le aclaré: “Hoy estamos muy ocupados, será imposible que la veas”.

Ante mi negativa, Rahamat saludó y se fue cabizbajo.

Estaba pensando en llamarlo de vuelta cuando él mismo regresó y me dijo: “Estas pequeñas frutas son para la niña. ¡Dé-selas por favor!”

Quise darle dinero pero me dijo: “Se lo agradezco mucho señor pero no puedo aceptarlo”. Después de un intervalo agregó: “Yo también tengo una hija como la suya. Su hija me la recuerda mucho y por eso le traigo frutas. No vengo a esta casa por dinero”.

Sacó un papel sucio y arrugado del bolsillo de su *kurta* y lo extendió cuidadosamente con ambas manos sobre la mesa. En el papel estaba dibujada la huella de una pequeña mano. Tal vez pintaron la palma con el carbón y tomaron la huella. Era el recuerdo de su hija, que siempre llevaba junto al corazón cuando venía a Calcuta para su negocio cada año.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Dejando todo a un lado, llamé a Mini en ese mismo instante. Con el ajuar de bodas y sus joyas, Mini muy apenada se paró a mi lado.

Al verla, Rahamat se llevó una gran sorpresa. Sus antiguas pláticas habían quedado en el pasado. En su conmoción dijo sonriente: “¡Hijita! ¿Vas a casa de tus suegros?”

Mini ahora sabía lo que significaba estar casada. Se sonrojó.

Mini salió del cuarto y Rahamat suspiró y se sentó en el suelo. En su pensamiento se manifestó abruptamente la idea de que su hija debía de haber crecido igualmente. En ocho años, quién podría saber lo que habría pasado. Rahamat quedó imbuido en sus recuerdos.

Puse algo de dinero en sus manos y le dije: “¡Rahamat, ve a casa junto a tu hija!” ❖